

Caracterización del partido socialista de Chile

Aniceto Rodríguez

El grave desmoronamiento político del Partido Socialista de Chile ha impedido en el curso de los años de persecución y exilio no sólo recuperar su unidad perdida, sino precisar a qué clase de partido se aspira cuando sea factible su reconstrucción. En este sentido se escuchan o se leen conceptos diferentes y hasta encontrados acerca del tipo de partido que se concibe para el futuro unitario.

Debemos aceptar que la propia dispersión orgánica y política determina la complejidad del problema. Sin embargo, pensamos que los distintos agrupamientos parciales han tendido a cristalizar sus estructuras actuales y a impermeabilizar concepciones que se aprecian como únicas verdades. Sólo los intentos unitarios han venido a desvanecer ilusiones y hacer claridad en cada sector en cuanto a que tiene sólo una parte de la verdad y de la razón política. Por nuestra parte, a esta altura del proceso pensamos que la cuestión substantiva puede resolverse en una gran coincidencia si somos capaces de dar respuesta concordante a dos asuntos básicos vinculados entre sí: primero, el carácter del partido que deseamos los socialistas reconstruir y, segundo, la sociedad a que aspiramos como realización histórica del pueblo de Chile. Ambas concepciones están inseparablemente ligadas entre sí, unidas en una acción dialéctica ineludible. En otras palabras, a un partido que se estructura totalitariamente, corresponderá mañana un poder político que dominará autoritariamente una sociedad. Por el contrario, un partido que adecúa sus estructuras orgánicas al contenido democrático, humanista y libertario del socialismo, estará preparado para gobernar una sociedad participativa, libre de coerciones represivas, con un flujo de decisiones que se entrelazan de abajo a arriba y en muchos planos horizontales, junto al rol dirigente de los niveles superiores de poder político que se den los trabajadores.

No cabe duda que el pasado obscurece la visión del problema de fondo. A las disensiones domésticas, se agregan las distintas categorías históricas que registra el desarrollo del socialismo mundial.

Por una parte, la tragedia chilena origina, entre otros factores desarticulantes, actitudes dispares en la concepción del partido que debe reconstruirse, concepciones que por lo demás gravitaron ya en el pasado congreso de La Serena, ocasión en que, por sobre la buena fe de algunos, termina por imponerse el grupo

Aniceto Rodríguez, fue secretario general del Partido Socialista de Chile, diputado y senador. Exiliado actualmente en Caracas, es secretario ejecutivo exterior del PS (19 de abril-Regional Venezuela).

fraccional de los elenos, que después repite su triunfalismo en el manejo del secretariado exterior instalado en Berlín Oriental. Esta facción venía realizando antes y durante el gobierno de la Unidad Popular una labor de zapa en el seno del Partido ayudada por una estructura paramilitar que se probó defectuosa y tímida para combatir al fascismo, pero eficaz para aplastar la democracia interna a partir de 1971. Sin declararlo expresamente, desarrollaron una concepción estalinista disfrazada de un falso leninismo; y en el exilio consolidan esta forma de dominio de una cúpula estrecha de poder partidario, acentuándola al enviar a numerosos jóvenes socialistas a escuelas de cuadros de los países del este, quienes adquieren de esta ma-

nera una formación ajena al de un verdadero militante socialista chileno. Son los actuales "cooptados", que en Chile responden a un poder lejano y que poco o nada tiene que ver con el auténtico Partido Socialista, al margen que mantengan engañados a militantes de buena fe que aún no saben la verdad total acerca de cómo y quiénes dirigen realmente a su organización.

Concepción estática

Por otra parte, en la clarificación del problema influye la concepción estática del llamado "socialismo real" que impuso un estereotipo autoritario, que justificaron los primeros años de la revolución de octubre, se deformó después por el estalinismo, que impregnó de una concepción to-

talitaria al partido de los trabajadores que Lenin concibió orientando una sociedad con activa participación de los consejos de obreros y campesinos, y que bajo el régimen de Stalin se transforma en el partido de los funcionarios y de la policía represiva que liquida a incontables y valiosos cuadros revolucionarios.

En la vida contemporánea, las mentes más esclarecidas en países en que domina el socialismo real y las propias masas trabajadoras, participan en tensiones internas que afloran con vigor extraordinario, probando en la práctica social que existen fracturas profundas entre la sociedad y el partido que domina autoritariamente. No están muy lejanos los sucesos de Hungría, Checoslovaquia, Alemania Oriental y Afganistán y las rebeldías masivas en el reciente caso polaco. Es posible aceptar que en esas crisis se introduce la mano conspirativa que trabaja por los enemigos de clase. Pero los procesos son más complejos que una simple conspiración imperialista y ya no se pueden repetir argumentos acomodaticios cuando se trata de conmociones que movilizan a grandes masas y a millones de trabajadores que aceptan el socialismo, pero que rechazan políticas erróneas, fruto de aparatos cerrados que articulan de manera vertical a una sociedad que se cansa de vivir sin libertad.

Lo analizó muy bien en hora oportuna el teórico yugoslavo, compañero Edward Kardelj, cuando al comentar los sucesos de Hungría, sostuvo: "No es ningún alivio para la conciencia socialista afirmar que la clase obrera, once años después de su propio triunfo, se dejó arrastrar por la contrarrevolución. La causa verdadera reside en que el PC de Hungría se aisló de las masas y cayó bajo la autocracia absoluta de una camarilla burocrática que perdió la costumbre de tomar en cuenta los anhelos y deseos de su propia clase trabajadora y del pueblo. Por lo tanto, ha sido el sistema imperante el que condujo a la clase obrera a luchar contra él", agregando que la clase obrera húngara actuó de manera socialista al instituir consejos obreros y aspirar al dominio social de la propiedad: "resulta característico también que las masas trabajadoras se manifesta-

ran a favor de los consejos obreros únicos y a favor de su unificación hacia arriba, para conseguir de ese modo influencias directas sobre el poder central del Estado".

¿Cuántas de estas mismas aspiraciones legítimas no han estado presentes en la situación polaca de hoy?

Por sobre limitaciones

Como reacción a los criterios internos erróneos ya señalados y a las experiencias quemantes que surgen en la vida internacional, hay quienes creen que el partido hay que transformarlo en una organización excesivamente abierta que reproduzca en su seno algún tipo de asambleísmo estéril y donde los vínculos de los militantes con sus niveles directivos y el acatamiento a las posiciones políticas se vean excesivamente atenuados. Es una concepción cercana a una estructura socialdemócrata. Otros estiman que corresponde adoptar una organización a base de grupos paramilitares, versión expresiva de un voluntarismo político que proliferó después de la revolución cubana y que, en definitiva, en América Latina se tradujo en nucleamientos alejados de las masas, ausentes de la realidad concreta y bajo la enervante consigna de la lucha larga que congela incontables combates en la vida cotidiana de los pueblos.

Nosotros no estamos por ninguna de las concepciones ya señaladas.

Pensamos que el PS logró una presencia política muy auténtica en Chile que combinó también con una suerte de originalidad organizativa. Sin desprestigiar la rica experiencia revolucionaria mundial, no se aferró a modelos preestablecidos, sino que buscó respuestas propias para significar su política orientadora junto a las masas y como guía importante de amplios sectores de la vida nacional. Dentro de estas líneas conceptuales, jamás introdujo al militante en una especie de zapato chino, rígido y estrecho, para dejarlo inmobilizado o como sujeto pasivo a la espera que todo le viniese desde arriba. Por el contrario, el PS fue un crisol forjador de varias generaciones educadas en el sacrificio, con voluntad de poder y una concepción amplia de la sociedad en que se luchaba, estimulando entre sus miembros el estudio de la realidad para enfrentar

situaciones complejas, guiar al movimiento obrero, polemizar con los enemigos del pueblo y asimilar la singularidad de los grandes problemas nacionales e internacionales.

Por sobre limitaciones que siempre tuvo, el Partido buscó elevar la personalidad de sus militantes incentivando su participación en la vida interna y practicando la democracia en un ambiente de respeto al derecho de todos. Si hubo momentos grises en que tales cualidades se opacaron, ellos fueron transitorios y no destruyeron aquello que fue esencial en su trayectoria.

Casi medio siglo

Como lo dijimos oportunamente: "El Partido Socialista ha sido capaz de estar presente en el corazón del pueblo y de sobrevivir ante no pocas derrotas, no sólo por una conducta política globalmente correcta, sino porque fue capaz también de dotarse de una organización fluida, flexible, que supo combinar una dirección ejecutiva con un generoso juego democrático interior. Eludió el estilo democratoide de otros partidos, pero también impidió el cesarismo vertical de una dirección omnimoda. Particularmente rechazó con energía las formas burocráticas estalinistas de poder interior en las filas de una organización revolucionaria. La nuestra fue siempre una disciplina consciente y no mecanicista, en forma de estimular en el militante su capacidad crítica creadora." Naturalmente que cuando a niveles directivos locales, regionales o nacionales, no se desarrolló una orientación política correcta, tal error permitió que afloraran defectos, asomos de caudillismo o aspiraciones infundadas que hicieron mucho daño al originar procesos divisionistas. Pero de ahí a repudiar todo el pasado del Partido hay un mundo de distancia, pues ante esos quebrantos son muchos más los capítulos positivos a lo largo de casi ya medio siglo de existencia. En consecuencia, debe concluirse que dichos aspectos negativos no pueden ser determinantes para vaciar al Partido de todos sus principios orgánicos conocidos, de su singular presencia en la política chilena y latinoamericana y hasta de sus características humanas y culturales.

Tres factores sustantivos

En definitiva si en materia de principios orgánicos logramos conciliar armónicamente tres factores sustantivos, gran parte de los problemas presentes en la reconstrucción del socialismo chileno deberían darse por resueltos en medida importante. Ellos son: la disciplina consciente de los socialistas, la práctica seria de la democracia interna y el correcto ejercicio de sus direcciones políticas afincadas en el centralismo democrático.

La disciplina consciente conduce a los militantes a aceptar que sus actos sean regulados por los estatutos y reglamentos que ensamblan armónicamente sus actividades, precisan sus derechos y deberes y fijan las atribuciones de las directivas colegiadas. Insistimos en que esa disciplina es consciente porque corresponde a una concepción madura del militante en cuanto al rol que está jugando junto a su Partido en la misión histórica de conquistar el socialismo. Es también consciente porque no es mecánica, propia de un cuartel que convierte al militante en un sujeto simplemente obediente privándolo de su capacidad crítica. No queremos en el Partido a un militante anárquico o caótico, verbalista e inefectivo, pero tampoco un ente que es llevado y traído por las circunstancias por la inercia a que lo redujo un aparato autoritario.

El segundo factor lo representa una activa democracia interna que permite el análisis constructivo, la discusión que corrige errores y hasta opiniones disidentes con respecto a posiciones determinadas. Esto conlleva el respeto a las minorías que no pueden ser arrasadas vengativamente por las mayorías. Naturalmente que el derecho a disentir no puede conducir a una labor fraccional, distante del sano ejercicio de la democracia interna. Esta consideración determina condenar el juego de facciones que al deformar el ejercicio de este principio da lugar a estancos impermeables al resto de la organización y renuentes a aceptar las decisiones de la mayoría. En suma, el problema es cómo conciliar el respeto a las opiniones divergentes con el acatamiento a las decisiones colectivas que en sus oportunidades reglamentarias establece el Partido de-

mocráticamente.

Finalmente, el tercer elemento sustantivo que resguarda una correcta articulación en la vida orgánica, es el principio del centralismo democrático que determina que al darse una línea política y una dirección en un Congreso General, ambas resoluciones son de acatamiento obligatorio para todos. Al reivindicar este principio lo entendemos, en consecuencia, como la voluntad real de las bases mediante una participación democrática previa que abre amplios períodos de discusión, proceso que desde abajo va gestando las decisiones cardinales del Partido. Las direcciones elegidas lo son por un período determinado que no puede significar la instalación de un poder arbitrario que llega incluso a auto prorrogarse su mandato ni acudir a argucias de cooptación. Deberá promoverse también a esas direcciones el acceso equitativo de las minorías, cuya presencia incluso es útil para mantener viva y despierta la inquietud crítica en el seno del Partido.

Derrotas y victorias

En resumen, los tres factores señalados jugando armónicamente caracterizan el desarrollo de una vida interna eficaz para que el Partido desarrolle sus métodos tácticos de trabajo que lo acerquen a los objetivos estratégicos de su misión histórica de ganar el socialismo para el pueblo. Obviamente, no todo será siempre perfecto ni infalible. Nunca fue así en ninguna organización o movimiento revolucionario que registre la historia universal. Es demasiado sabido que el camino hacia el socialismo no sigue la ruta recta entre dos puntos, sino que es una vía con altos y con bajos, con derrotas y con victorias, factores todos que decantan el desarrollo de una vanguardia que se traza nada menos que la conquista del poder.

Esta manera de concebir la vida interior del Partido, está anticipando pedagógicamente la forma de cómo deseamos dirigir, orientar y gobernar al pueblo de Chile, nunca de cómo dominarlo ni mucho menos tiranizarlo. Que jamás pase por la cabeza de nadie aquello que irónicamente decía Bertold Brecht: "No contando más el pueblo con la confianza del Partido, el comité central,

reunido en pleno, ha resuelto disolver al pueblo y elegir otro en su reemplazo."

Sociedad a que aspiramos

El problema de definir un partido no puede hacerse en abstracto, como una singularidad separada del medio social en que actúa, y pretender que la organización política es un ente desligado de un mundo complejo, de un país en donde actúa una sociedad ubicada en un contexto histórico específico, que es real y no es inventado por nadie. Lo decimos así, porque en el análisis de estos problemas surgen concepciones separadas de la realidad o que olvidan el papel trascendente a que aspira el socialismo en el Chile del futuro. Por eso es que insistimos en que el concepto de partido y el tipo de sociedad a que se aspira están indisolublemente ligados entre sí.

En esta parte del análisis entra necesariamente la consideración del tipo de sociedad a que aspiramos los socialistas y, por tanto, el carácter y los fundamentos teórico políticos que debe tener el partido para estar en consonancia con esa sociedad que soñamos. Por eso repetimos que el socialismo debe darse en vida interna concordante con la democracia socialista que desea implantar. "No se trata de suavizar el socialismo para no asustar. Empezando, es muy bueno que el socialismo no asuste, porque no tiene por qué hacerlo, pero éste, desde luego, no es el problema, pues no se trata de un enfoque acomodaticio de la democracia en el socialismo, sino del establecimiento de una noción básica: el socialismo es democrático o no es socialismo. Y en esta materia no hay nada que inventar; basta con rescatar todo el profundo contenido libertario y democrático que empapa la obra de Marx y Lenin."

Uno de los problemas básicos que debemos dilucidar hoy para que nuestro pensamiento no deje ninguna sombra de duda es el tipo de sociedad que queremos los socialistas como concepción estratégica final. Aquí está la clave que permite desvanecer dudas, diferenciar posiciones, darle un contorno apropiado a nuestro proyecto político y destruir la mentira organizada de la reacción conservadora que afirma que el socialismo está reñido con la democra-

cia y la libertad. El dar respuesta a esta cuestión que es de fondo no constituye sólo una responsable preocupación de los socialistas chilenos. Es un problema que preocupa —y con razón— a todo el pensamiento socialista contemporáneo, dando lugar a discusiones y recreación en el análisis marxista.

Democracia y libertad

Se trata de responder si somos partidarios o no de una dictadura del proletariado como aspiración suprema en la lucha libertadora del pueblo de Chile, planteando una forma de nueva sociedad a base de la experiencia de Octubre de 1917. Los compañeros comunistas chilenos han reiterado en sus últimos documentos que esa es la formulación estratégica histórica que ellos desean para el futuro de Chile. Están en su derecho de sostenerlo.

Los socialistas, en cambio, luego de la aceptación del Programa humanista y democrático de 1947, decidimos expresar la voluntad de luchar por conquistar en Chile una República Democrática de Trabajadores. Esto supone el rechazo de toda forma de coerción hacia una sociedad que aspiramos que viva en libertad y donde la pluralidad democrática se fortalezca en función de grandes mayorías que luchan por perfeccionar los fundamentos de un sistema justo e igualitario. La fortaleza de una sociedad socialista no estará lograda por un Estado burocrático, sino por la influencia moral y política que emanará de sus profundas realizaciones dirigidas a situar en el más alto nivel la dignidad del hombre común de Chile.

La burguesía se adueñó históricamente de los conceptos de democracia y libertad en forma tal, que pareciera que sin su presencia dominante en una sociedad estos valores están condenados a perderse irremisiblemente. El ejemplo de Chile comprueba dramáticamente lo contrario y, por si no existieron otras, es ya

una razón poderosa para reivindicar esos valores como patrimonio cultural y político del pueblo al que los socialistas no tenemos porque renunciar. De modo que no es cierto que el destino revolucionario de los trabajadores deba ser necesariamente totalitario. Tampoco es verdad que un régimen capitalista sea siempre democrático. Estas concepciones erróneas deben ser enfrentadas con valor intelectual por los socialistas chilenos sin dejarse atrapar por prejuicios ni intimidaciones dogmáticas, vengan de donde vengan.

Fuerza en las masas

Ya lo dijimos en anterior oportunidad, al afirmar que a la dictadura, parda o negra de Pinochet, no tiene la izquierda que oponer otro tipo de dictadura, pues su fuerza la encontrará siempre en las masas motivadas por el socialismo.

Esta definición está necesariamente ligada a la propia estructura organizativa interna que nos hemos dado siempre los socialistas y a la práctica de una democracia que, como vivencia militante, opusimos a las concepciones estalinistas, condenadas por lo demás en el memorable XX Congreso del Partido Comunista Soviético. Lo que los socialistas chilenos habíamos resuelto ya, la experiencia histórica en el primer Estado socialista lo confirmó algunas décadas después.

Estos mismos problemas demandan la atención de los partidos comunistas europeos, que desde hace un par de años inician análisis serios orientados a abandonar dogmas del pasado y a plantearse como alternativas políticas no totalizantes ante sus propias comunidades nacionales. Los sucesos checos de 1965 y los más recientes ocurridos en Polonia, enseñan también que se imponen reajustes indispensables en aparatos estatales excesivamente verticales que originan desconexiones negativas con el pueblo y perjudiciales para el desarrollo de las sociedades socialistas.

Después de la sangrienta experiencia sufrida por el pueblo chileno, prisionero de una articulación vertical en que la tiranía le negó el pan y la libertad, no dejándole resquicio alguno para el ejercicio de sus derechos democráticos, surge con mayor fuerza aún el desafío de precisar el modelo de sociedad que opondremos en el futuro para reemplazar esta situación opresiva.

Ambito de libertad

La República Democrática de Trabajadores que los socialistas proyectamos, no deberá ser un régimen de partido único. No lo concebimos teóricamente, ni la realidad chilena lo aceptaría. En el seno de esa nueva sociedad existirá un amplio bloque plural de fuerzas sociales y políticas, comprometidas por un programa revolucionario común y con el objetivo histórico de implantar el socialismo como única alternativa válida.

En esa perspectiva de un gran *Bloque por el socialismo y la libertad*, aspiramos a la creación de múltiples mecanismos de efectiva participación de los trabajadores en las estructuras económicas productivas, en el tejido social y en las instituciones representativas del pueblo, desde su base más modesta hasta el Gobierno nacional. Este sistema, que da cabida a una amplia integración geográfica, política, administrativa, económica y cultural, desprovista de toda imposición verticalista, deberá consagrarse en el texto expreso de una nueva *Constitución del pueblo de Chile*.

Terminemos recordando que "...todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ámbito de libertad". ❧

NO ES BROMA

“Coco Legrand firmó contrato para convertirse en artista estable del verano en el Hotel Miramar de Viña. El humorista llevará hasta uno de los salones su café concert ‘Ríase por la recesión o la fuerza’.”
La Segunda, Santiago de Chile, 31 de enero de 1982.